

LAS "ESTRELLAS" ANTE LAS CUARTILLAS

Lo que yo he visto en América

Por Paulette Duval

(Continuación)

Los comienzos de un francés en Hollywood. -- Alumna del Instituto Médico. -- Última película.

Yo estaba trastornada completamente y le rogué que viniera a comer a mi casa aquella misma tarde y así podría explicarme con toda tranquilidad todo cuanto le había ocurrido.

Había invitado a algunos amigos, y dispuesto las cosas para recibirlo dignamente, ya que después de todo, M. C. era París, era un símbolo, era el boulevard que surgía de pronto ante nuestros extasiados ojos. Esta acogida cordialísima fué de su agrado y sirvió para que nos contara toda su odisea. Llegado que hubo a San Francisco, con unas cuantas (muy pocas) monedas de cobre en su bolsillo, por todo capital, en la imposibilidad de pagar la decisión heroica de hacer a pie los seiscientos y pico de kilómetros que separan a San Francisco de Hollywood. ¿Pueden ustedes imaginarse, la maravillosa energía que esto revela? Y más si se tiene en cuenta que este andarín improvisado no era ningún jovencito.

Hizo, pues, a pie estos seiscientos kilómetros, según había decidido, haciendo de todo para no morirse de hambre por el camino, y una mañana, llegó tan dolorido, como lleno de esperanza a la maravillosa ciudad del cine. En seguida se presentó en una agencia, diciendo que era artista, que ya había trabajado en el cine, etc., etc., esperando que su tipo de viejo «boulevardier» no exento de cierta distinción, tendría éxito y gustaría; en efecto, después de examinarlo cuidadosamente, el agente le dijo:

—Precisamente me piden un tipo como usted; vaya a F. B. O. y obtendrá inmediatamente un contrato de veinticinco dólares diarios.

¡Veinticinco dólares diarios!... Aquel desgraciado que, a pesar de su nombre, no tenía en sus bolsillos ni un céntimo y que no había hecho una comida sería hacía varios meses, tuvo que agarrarse a la mesa para no desplomarse.

—Naturalmente, usted tendrá el servicio completo de «make up...» (maquillaje)—replicó el agente.

Pero M. C., que no conocía más que contadas palabras del idioma de Shakespeare, ignoraba completamente lo que significaba «make up», por lo que hizo un ligero movimiento afirmativo de cabeza, pensando, que una vez firmado el contrato, ya haría todo lo posible por salir del atolladero. Pero en el momento de partir, temiendo que aquel asunto no se le escurriera de las manos, para ganar tiempo, ya que era cuestión de obrar inmediatamente se volvió y

preguntó tímidamente dónde cata el F. B. O.

Los ojos del agente se abrieron desmesuradamente, expresando un profundo asombro.

—Buena es esa! ¿Usted ha trabajado en el cine y no sabe donde está la F. B. O.?

No obstante su asombro, el agente le indicó el camino, pero el escrupuloso M. C., atormentado por la idea de que iba a cometer quizás una tontería, por la omisión de alguna cosa muy importante, se volvió para preguntarle todavía una cosa:

—Dígame, señor: ¿No podría indicarme lo que significa un «make up»?

Esta vez los ojos del agente estuvieron a punto de saltar de las órbitas y se elevaron con ira y extrañeza en el desgraciado debutante, que ante aquella mirada que amenazaba fulminarlo, tomó las de Villadiego. ¡Los veinticinco dólares irían a parar a otro bolsillo!

Cuando M. C. nos contaba esto, estábamos todos muy impresionados, aun cuando sean cosas que todos los días están ocurriendo en Hollywood, pero que como no nos afectan directamente, acostumbramos a no darle la importancia que en realidad tienen tan tristes episodios.

No obstante, cuando M. C. nos cuenta sus desgracias, lo hace con un colorido y una fuerza de descripción, y luego con tanta filosofía y tan buen humor, que no podemos impedir que la risa se escape de nuestros labios.

Posteriormente, este amigo fué más afortunado y, actualmente, después de tan duras pruebas, disfruta de una situación muy envidiable.

A pesar de los cálculos que yo había hecho desde mi debut, cuanto más tiempo pasaba, menos me requerían para trabajar.

Calmaba mis nervios lo mejor que



SALLY RAUD

podía, pero mi amor propio sufría horriblemente. Una cosa, empero, me consolaba, era que por donde tendía la vista, veía mi mismo caso, corregido y aumentado, ya que las Compañías, muchas veces, incluso dejaban que se marcharan por falta de trabajo célebres actores, sin que les renovaran o prorrogaran el contrato. Cada día se producía menos en Hollywood, debido a causas que sería prolijo enumerar, lo que hacía que yo pasara largos intervalos sin rodar un solo film; y si a esto se añade el tren de vida que estaba obligada a llevar allí, se comprenderá fácilmente que necesitaba una ocupación, dedicarme a algo útil, a la par que provechoso. Resultó, pues, que desde mi llegada a Hollywood, empecé a interesarme por un procedimiento de rejuvenecimiento que empezaba a hacer una revolución en los centros cinematográficos—donde las mujeres más necesitadas tienen de conservar su belleza—en los que tuve ocasión de ver algunos casos asombrosos. A duras penas, pude entrar en el Instituto Médico, que era el poseedor y explotador del secreto, en calidad de discípula, y una vez dentro, me consagré al trabajo regularmente. Allí estuve algunos años, hasta que me cupo la suerte (y digo suerte, porque el hecho es insólito) de salir al fin con mis diplomas de competencia, que me facultaban para ejercer por mi propia cuenta aquella difícil profesión, aun cuando fuese en otro país.

Allí había una fortuna para mí. Entonces fué cuando me decidí volver a Francia, con objeto de fundar con la ayuda de un médico amigo mío, un «Instituto de Rejuvenecimientos».

El último fin que rodé, se titulaba «French dressing». La Compañía productora, era la First National. Tenía muchas cosas en la cabeza y muy pocas ganas de trabajar, pero era indispensable que el papel estuviera desempeñado por una francesa, y me instaron a que lo hiciera, con tan gentil insistencia, que no tuve más remedio que acceder. Además, tenía yo otras razones para aceptar mi papel, lo confieso. Debía tener como compañero de trabajo a H. B. Warner, el célebre actor que interpreta el papel de Cristo en el film «El Rey de reyes». Yo sentía por él una gran admiración; no lo conocía, pero ardía en deseos de verlo. Así es que acepté las proposiciones que se me hicieron. Cuando llegué al Estudio, el primer día, iba saturada de un casi santo respeto ante la idea de encontrarme con el personaje místico que tan fuertemente me había impresionado.

(Continuará.)

La verdadera historia de Greta Garbo, según la refirió a Ruth Biery

CAPITULO VI Y ULTIMO.

Greta se encuentra con John Gilbert por primera vez. — 5.000 dólares semanales. — Sin plan para el porvenir.

En el Estudio encontré, por primera vez, frente a frente de John Gilbert. ¡Usted no puede formarse idea de lo terriblemente hermoso que es trabajar con él!

Tiene todo lo que hace una vitalidad asombrosa y una fuerza de colorido enorme. Cada mañana, a las nueve en punto, se presentaba en el Estudio, alegre y jovial para rodar su papel estelar frente al mío, y lo hacía con tal apasionamiento, tanto verismo y tanta gracia, que no creo sea muy fácil encontrar un hombre que reúna sus cualidades portentosas, no obstante ser algo inaccesible, o mejor, incomprensible este extraño americano.

Una vez que terminé «El demonio y la carne» me requirieron para el papel de protagonista de «Las mujeres aman los diamantes». Aquella historia no me gustaba y si a ella se añadían cuatro o cinco películas pasables, nada más, es todo cuanto de mi actuación en América iba a quedar, y francamente, no era para mí muy halagüeña la idea de dejar a mi paso una estela de mediocridades, de cosas secundarias, carentes de valor.

Yo no sabía lo que hacer, estaba anonadada. Creía que todo el mundo me encontraría extraña o llena de prejuicios y que nadie solicitaría mis servicios. Por otra parte continuaba hablando un inglés diabólico, casi incomprensible. En estas dudas y vacilaciones recurrí a mi argumento supremo: me fui al hotel, me senté en un rincón apartado, a solas con mis pensamientos, y determiné esperar en esta postura el curso de los acontecimientos. Mi pensamiento volaba rauda a Suecia y acababa siempre por dictarme el corazón que lo mejor que podía hacer era, volver a mi casa.

Me avisaron por teléfono a la mañana siguiente para decirme que me preparara para ensayar algunos cuadros de la nueva producción. Era la primera vez que no estaba dispuesta a obedecer, a hacer lo que de mí querían; en una palabra: ¡me rebelaba! A lo único que estaba dispuesta era a firmar un nuevo contrato cuando todavía estaba reciente el anterior. Como es natural, llevada de mi temperamento, no fui, y aquel mismo día recibí una carta muy laconica en la que me comunicaba la Empresa que, por haberme negado a presenciar los nuevos cuadros consideraba aquel acto como una indisciplina y una negación rotunda a trabajar, por lo que, usando de su derecho, se negaban a pagarme. ¿Qué hacer ante tal problema?

De esta duda vino a sacarme un buen amigo que interpuso su valiosa influencia en el Estudio, y procuró que entre aquellos señores que lo mangoneaban a su gusto y yo, llegáramos a un acuerdo, que yo no veía fácil, puesto que si en una discusión entre dos, se colocan éstos en planos diferentes, es muy difícil llegar a una conclusión definitiva; casi imposible coincidir en una convergencia espiritual. También intervino el abogado encargado de mis asuntos; hombre de clara inteligencia y de honradez acrisolada que entendía los asuntos de cine a maravilla, y que había vivido en Europa largo tiempo. Este les hizo comprender que yo no era una muchacha antojadiza y voluntariosa, sino, por el contrario, una joven amante de su arte a la que repugnaban ciertas producciones que no estaban en consonancia con su manera de ser. En una palabra, que querían rodar cosas que valieran la pena.

Además, este señor, Harry Edington, después de ponerle al corriente de todos mis asuntos en varias entrevistas que tuvimos, quedó encargado de ellos; mis contratos, mi dinero, mi trabajo, en una palabra, todo, absolutamente todo, pasaba por sus manos. No sabe usted lo que esto significa para un joven que no sabe nada, o muy poco, acerca de este país giganteo y de sus enormes Estudios.

Aquel hombre, además de entenderme perfectamente, en lo que a mi psicología se refiere, entendía también mis negocios. Antes de contar con él estuve siete meses en casa sin pagar y sin saber nada de dinero.

«Y no sabía qué hacer, y, sin embargo, los documentos que me presentaban me decían bien claramente que bía que pagar, que necesitaba dinero».

Tentada estuve de embalar todos mis bártulos y marcharme a mi casa, a Suecia. Pero me pasaba lo que les pasa a muchos enamorados; sostienen disputas acaloradas, entre ellos, pero si se quieren de verdad, acaba en mimos y caricias lo que amenazaba ser tragedia, sin decidirse jamás a romper las relaciones.

Ultimamente me llamaron para decirme que debía desempeñar un papel de segunda categoría en una producción cuyos papeles centrales estaban desempeñados por Aileen Pringle y Lew Cody. Mr. Edington me aconsejó trabajar, y yo, siguiendo fielmente sus instrucciones, me dispuse a aceptar lo que me habían asignado, cuando sin saber por qué, Miss Pringle, no quiso desempeñar su papel. Me llamaron entonces a mí y tuve que decirles que no estaba preparada, que mis vestidos no eran a propósito para

ser figura estelar. Por primera vez en mi vida tuve la osadía de replicar a Mr. Mayer. Aduje una serie de argumentos a cuál más disparatado para que me relevaran del compromiso. Si me entendieron o no, ellos lo saben; sólo diré que cuando terminé, me indicaron la necesidad que tenían de firmar conmigo otro contrato por cinco años.

Mr. Edington fué el encargado de ultimar este asunto. En el contrato especificaba que tendría que ganar ahora más dinero que cuando vine, y de acuerdo con la Empresa, se convino en que mi sueldo sería el de 5.000 dólares semanales. Una suma muy bonita, por cierto, que nunca soñé llegar a ganar...

Esta es toda mi historia, una historia breve, como mi vida, pues no cuento más que con veintidós años.

He actuado en dos películas en Europa y cinco en este país. Cuando llegué a Nueva York, según creo haberle dicho, contaba diez y nueve años.

Este año pienso ir a Suecia para traerme aquí a mi madre, aunque cuando trabajo, me gusta más estar sola, pero si el trabajo es muy pesado entonces prefiero tener a mi lado a mi madre para animarme y no desfallecer.

Tengo buenos amigos aquí, si bien contadísimos, por cierto; los señores Jannings, con los cuales me distraigo y paso ratos deliciosos de agradable charla, son entre ellos los mejores.

Hoy no sé lo que haré mañana. Cuando estoy libre de trabajo, me paseo por la playa sin calcular el tiempo ni el camino que recorro, y así paso una hora o dos, o más, abstraída en la contemplación de aquella infinita sábana azul, que en la lejanía se confunde con el cielo.

Amo mi trabajo, y toda mi ambición consiste en llegar un día a ser una gran actriz.

He tenido mis amores. ¿Quién no los ha tenido en la vida? El amor es lo último y lo primero de toda mujer educada. No soy diferente de las demás mujeres; estoy incluida en la regla general, y mis amores distan mucho de haber sido una cosa seria; más bien constituyeron un pasatiempo.

¿Casarme? Muchas veces me he hecho esta pregunta, pero no he sabido nunca qué contestar. Me gusta estar sola y me repugna comunicar a nadie mis alegrías y mis tristezas...

Mi presente es trabajar; mi futuro... no lo sé. No tengo ningún plan. Pienso ir a Suecia, pero, no sé... el contrato es por cinco años, que son una eternidad...

He aquí mi verdadera historia de artista de la pantalla.

LAS INTERVIUS INTERNACIONALES

Adolfo Menjou, el famoso "cineastro" hace revelaciones acerca de su origen y de como pasó de campesino a la cúspide del Séptimo Arte.

(Interviu facilitada por Angloamerican N. S.)

He aquí una serie de las más emocionantes narraciones que jamás formulará un cineasta de primera magnitud.

Adolfo Menjou, el elegante «castigador», de los amores sardónicos y de la cortesía refinada, nos explica cómo escaló los peldaños de la gloria. En el transcurso de las confidencias que siguen, logra interesarnos tanto Adolfo Menjou que nos sentimos prontamente atraídos al círculo de sus íntimas amistades.

Corriendo con Menjou a lo largo de la deslumbrante senda hacia la Meca del Cine, oiremos sus deliciosas exclamaciones rayanas en éxtasis y deliquio amoroso y nos entereremos de cómo se enamoró perdidamente de Kathryn Carver, la ideal figurina que describe Menjou como «la princesa de los cuentos de hadas».

Veremos que, en busca de la fortuna en Nueva York, (con un baúl repleto de sardinas en lata y vino de champaña), lo que le proporcionó una ocasión de ascender al carro de las estrellas, no fué precisamente su cara fotogénica, sino poseer un traje de etiqueta.

LA AUDACIA Y LA SUERTE COMO CARACTERÍSTICAS DE MENJOU

El artista da así comienzo a sus declaraciones:

«Los que me han visto en el cine habrán podido observar que los papeles que represento se caracterizan por una pronunciada, un sí es no es discreta, audacia y satisfacción.

«Mis películas, además, poseen los trucos antojadizos de la Suerte, que en la vida real también influyen en el destino y en la carrera de cada cual.

«Es así y así debe ser. Mirando retrospectivamente hacia los primeros años de mis trabajos cinematográficos en Nueva York, durante el entretanto de la guerra y comparándolos con mi actual experiencia en Hollywood, me convengo de que la Suerte ha intervenido considerablemente en mi vida.

Aparte del hecho de que me place extraordinariamente notar la influencia de audacia en todo, no voy a olvidar con facilidad que esta cualidad de mi carácter, heredada de mi pa-

dre, contribuyó en mucho a proporcionarme mi primera colocación en el cine.

DE COMO LE SEDUJO EL CINE

—¿Recuerda usted sus primeras impresiones acerca del cine?

—Voy a explicar—nos contesta—cómo me sentí atraído por la carrera cinematográfica. Ocurrió que, completamente absorto en mi trabajo como campesino, en una hacienda de un millonario en Rhinebeck, cerca de Nueva York, una noche de asueto, di de manos a boca, en el Broadway, con un viejo amigo, vestido de modo lujoso y opulento, como para asistir a una recepción de gran gala. Después de breves palabras de saludo, no pude menos de interesarme por su evidente riqueza y soné en mis oídos la palabra mágica: «cine».

«Me hablé con tanto entusiasmo y vehemencia del cine, que inmediatamente decidí seguirle en su camino.

—¿Cuándo ocurría esto?—le preguntó.

—Corrían los días de ante-guerra, cuando la industria cinematográfica estaba en los albores de la mañana prometedora que es hoy su vida—indica Adolfo Menjou.

«Emil Jannings no estaba todavía en auge; Clara Bow era una muchachita de 6 ó 7 años, con su delantallito y su «quiquiriqui»; Richard Dix iba a la escuela, lo mismo que Bebé Daniels. Wallace Beery y Gloria Swanson trabajaban en los Estudios de Chicago, en una misma compañía.

«En Hollywood, D. W. Griffith acababa de filmar su película «Birth of a Nation» (El nacimiento de una nación).

«El Estudio zoológico de Selig estaba en plena actividad. Kathryn Williams era la reina de la sociedad. Wallace Reid solo era utilizado para películas de modesto empeño.

«Los ídolos de la pantalla eran Warren Kerrigan y Francis X. Bushman.

EL AMBIENTE CINEMATOGRAFICO DE ENTONCES

Adolfo Menjou quiere hablamos todavía de otros artistas hoy muy en boga y continúa:

—Douglas Fairbanks hacía gimnasia en los teatros y quizás no había soñado en sus posibilidades para el

film. Harold Lloyd no había principiado su carrera.

«Muchos de los actores y actrices que hoy son ricos y famosos, se contrataban entonces por cinco duros diarios.

«No había ninguna piscina para natación ni una pista de «tennis» adecuada en esa ciudad conocida universalmente: Hollywood. Sólo algún campo de «golf» y algún «hotelito» lujoso hacían sentir su porvenir.

La compañía más importante de cine era la Vitagraph. Tenía sus mejores Estudios en Nueva York.

COMO CONSIGUIO ENTRAR EN UNA COMPANIA DE CINE

—¿Cómo se las arregló usted para emplearse como artista de la pantalla?

—Pues, fácilmente, amigo—nos contesta Menjou—no descansé hasta que obtuve una plaza como «extra». Fué una cosa curiosa. La guardarropía del Estudio a donde acudí, andaba escasa de vestuario y el director de la compañía a veces debía acortar las escenas por esta causa. Un «extra» con vestido de etiqueta propio tenía la seguridad de contrata.

—¿Tiene usted un vestido de etiqueta?—me preguntó el director.

—Sí, señor—reponse.

—Pues queda usted contratado—me dijo.

«Así pude conseguir mi primer papel en el cine.

EN BUSCA DE UN VESTIDO DE ETIQUETA

—¿Y poseía usted, por supuesto, dicho terno...?—comentamos.

—En realidad—dice sonriente Adolfo Menjou—no poseía yo ningún vestido de etiqueta. ¿Qué necesidad tenía de tal lujo para mi oficio de campesino?

«Afortunadamente contaba con buenos amigos. Pedí prestado el vestido. No me sentaba tan bien como si fuera a medida, pero podía pasar.

COMO CONSOLIDO SU FAMA

—¿Le proporcionaron pronto notoriedad sus interpretaciones?—le preguntamos.

—Yo no fui en un principio una figura que destacase en el film—nos explica Menjou moviendo la cabeza—;

pero diez años más tarde tuve la suerte de entrar a formar parte del Estudio de Jesse L. Lasky, primer vicepresidente de la Paramount. Me ofreció un contrato excelente de larga duración. Tomé la pluma dispuesto a firmar en el lugar correspondiente... pero era tan fácil pensar que todo era uno de los sueños aquellos que muy a menudo en mis primeros años de lucha había tenido—un sueño de grandes ideales, de éxito clamoroso, de ofertas deslumbrantes, de magnate con contratos fabulosos—, en fin, como un cuento de «Las mil y una noches»...

Y con la pluma en ristre... yo sonreía.

—De qué se está usted riendo?—inquirió curiosamente Jesse L. Lasky.

—de un vestido de etiqueta y de unos días ya lejanos—contesté... y estampé mi firma.

ORIGEN DE MENJOU

—Su apellido—Menjou—despierta en mí el deseo de hacerle una pregunta: ¿Quiere usted decirme de dónde es usted oriundo?

—Pues aunque nací en América—nos advierte el gran artista—en un café de Pittsburg, la ciudad del acero, para ser más exacto, mi ascendencia es franco-irlandesa.

«Mi hermano Enrique y yo transcurrimos nuestra infancia bajo el cuidado de nuestra abuela, que era irlandesa. Desde chiquillo sentí que el teatro me absorbía y era carne de mi carne, debido al frecuente contacto que tenía con las celebridades teatrales que se presentaban en el Café Royale, que mis padres establecieron en Pittsburg y que logró bastante fama.

LA ASCENDENCIA FRANCO-IRLANDESA

Adolfo Menjou, adueñándose de la conversación, prosigue:

—Retrocediendo un poco en la historia de mi familia, le diré que mis ascendientes, por ambas ramas, fueron agricultores desde muy remotos tiempos.

—¿Cómo podría yo describir a mis lectores el carácter de sus padres?

—Si quiere hacerse cargo del carácter y porte de mis progenitores, inspírese en los cuadros de Millet—nos ha arguido Adolfo Menjou—. Mi familia era del tipo de estos hombres aferrados a la tierra, que ganan su vida con el sudor de su frente en esos prodigiosos campos de Francia.

«Mis abuelos paternos cultivaban los campos en la región de Arbus, en los majestuosos Pirineos. Por otra parte los abuelos, por parte de mi madre, eran irlandeses y laboraban las tierras en Galway. Uno de mis bisabuelos, de Irlanda, a la madura edad de 102 años, aún fumaba con su pipagredosa, de la turba de los pantanos.

«Mi padre, Alberto Menjou, tuvo un espíritu de empresa, no muy corriente en su estirpe. Fué ambicioso. No estaba satisfecho del patriarcalismo de su región y emigró al Nuevo Mundo.

LA ODISEA DE SU PADRE EN AMERICA

—Ocurría esto cuando hubo aquella corriente emigratoria en pos del oro de California.

Adolfo Menjou, paladea en su mente el sabor de viejas narraciones y sin quererle interrumpir le dejamos que libremente prosiga:

—Mi padre fué a la zaga de los «Cuarenta y nueve» hasta Nueva Méjico. En Silver City abrió un hotel. Era de poca importancia, pues poseía escasos medios, pero aportó los secretos de la cocina mejor del mundo a la pequeña ciudad minera y fué un centro de atracción por su mesa excelente.

«Era su primera intentona de hotelero. Pero un millonario que comió una sola vez en nuestro hotel, quedó tan contento y agradablemente impresionado, que le propuso trasladarse a Chicago para regentar el Hotel Richelin.

«Es indudable que lo que mi padre podía hacer en su restaurant chiquito y seductor de Silver City no admitía parangón con lo que debía hacerse en un gran hotel de la ciudad del viento. No alcanzó gran éxito y se fué a Pittsburg y allí se colocó en un club. En esta ocasión conoció a la que fué luego mi madre y adorando en ella, casó.

LA INFANCIA DE ADOLFO MENJOU

—Fuí su primer hijo, nacido en el Café Royale, que alcanzó un éxito si-



ADOLFO MENJOU

milar al de Silver City. Dos años más tarde, vino al mundo mi hermano Enrique. El ha sido, hasta hace poco, mi más severo crítico, mi compañero inseparable y mi «menager». Me dejó para continuar sus estudios de Medicina y Cirugía en la Universidad de Columbia.

—¿Es de su misma contextura su hermano?—nos aventuramos a preguntar.

—«Enrique es fuerte y en contraposición, yo soy más débil y delicado—nos replica Menjou—. Parece que yo sea la fusión, en mi pequeña persona, del secreto de la nostalgia enfermiza de mi padre, por su tierra natal, los Pirineos, y del cariño de mi madre por las montañas purpúreas de Irlanda.

Adolfo Menjou nos advierte:

«Mi abuela materna, que vivía con nosotros, me salvó la vida.

«Los médicos me visitaban muy amenudo y se devanaban los sesos para dar con la medicina que me curara. Mi abuela acertó más, suministrándome pequeñas porciones de «brandy» con azúcar. Sus canciones y leyendas fueron lo que moldearon mi carácter.

«Mi abuela, nos atendía a mí y a mi hermano. No sólo cuidaba de nuestras almas si que también de nuestro cuerpos... y zarcía y confeccionaba nuestras ropas.

—¿Su padre de usted afianzó su posición en Pittsburg?

—Mi padre tuvo sus altos y sus bajos en la fortuna. Una depresión nacional de los negocios le arruinó. Tuvo que abandonar el Café Royale, de atmósfera bohemia, con sus clientela de estrellas de los firmamentos teatrales y literarios y trasladóse a Cleveland, la industriosa y gran ciudad de Ohio.

ADOLFO MENJOU, ESTUDIA

En Cleveland, mi padre abrió otro hotel, que marchó bien. La fortuna de la familia iba creciendo. Nos llevaron, a mi hermano y a mí, a buenas escuelas. Cuando llegó la ocasión de entrar de plano en una carrera, mi padre fué siempre partidario de la independencia individual y de la propia iniciativa, nos llamó a los dos para que escogiéramos.

«Yo opté por la Academia Militar de Culver.

«Pasé allí un tiempo feliz. Lucí vistosos uniformes. Me doy perfecta cuenta de que concedía más importancia a mi aspecto personal que a los estudios y ejercicios militares.

Después de un ligero alto, para hacer memoria, Menjou prosigue:

«Luego pasé a la Universidad de Cornell, donde empecé mis estudios de ingeniero civil. No tenía verdadera aptitud para esta clase de estudios y permanecía allí en contra de mis inclinaciones.

(Continuará).

(Prohibida la reproducción)



Madge Bellamy, protagonista de la superproducción Fox para la próxima temporada
«Medias de seda»

NUM. 69

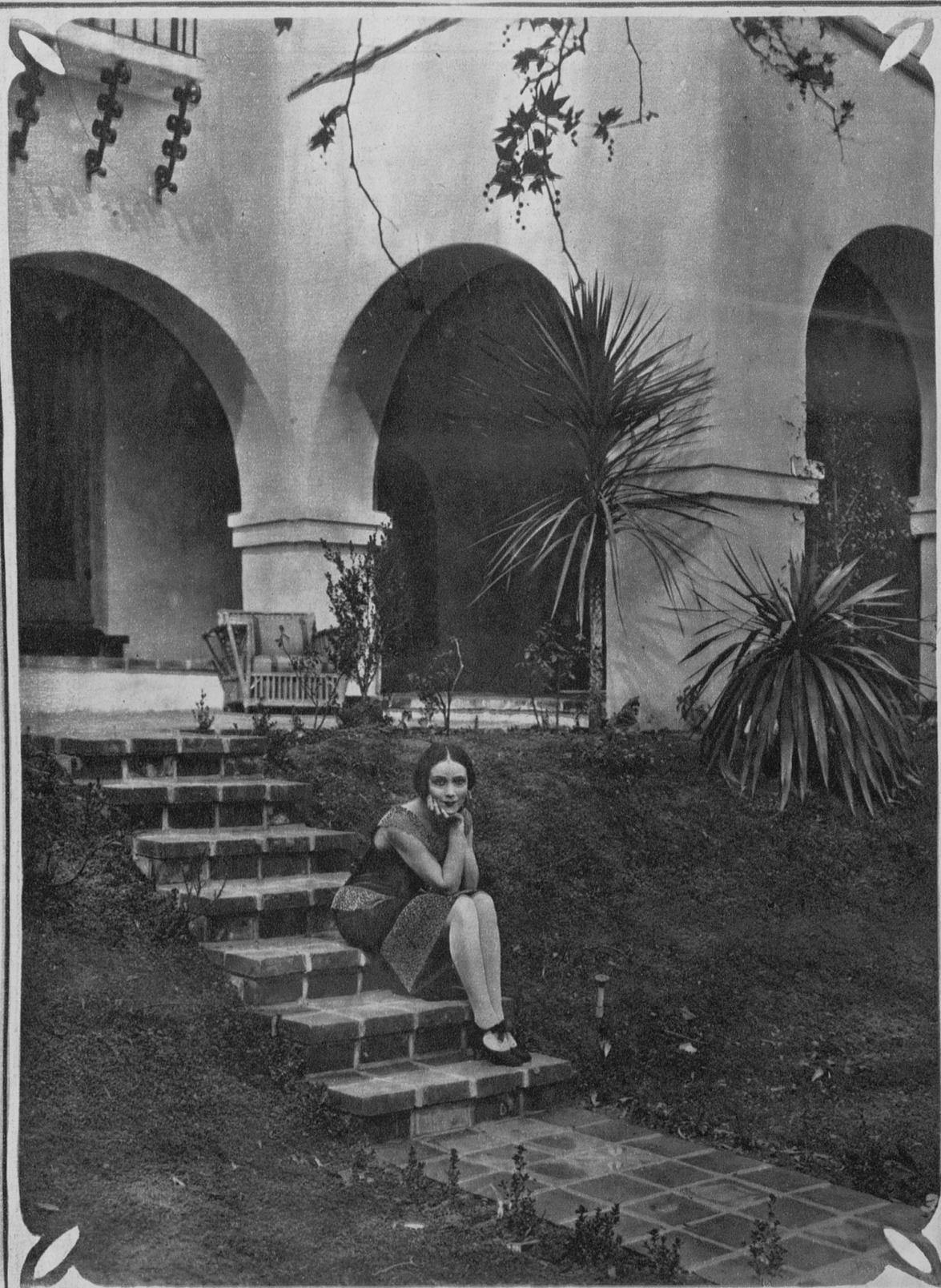
JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

El Día Gráfico

junio
28
1928



Monte Blue y Southern Skies, que en la presente temporada trabajan juntos
en varios films de la M. G. M.



Dolores del Río en la puerta de su casa de Hollywood



Thon Barrymore



Las tres sirenas modernas de la M. G. M. Dorothy Sebastian, Joan Crawford y Anita Page



D. W. Griffith en un descanso durante la filmación de «La Batalla de los Dioses»



Como si fuera un sencillo jilguero, el temible oso, toma un terroncito de azúcar de los labios de Dolores del Río



Maria Hession y Jack Mulhall en una escena del film Firt «Close-up»



El actor Hardy sufre las consecuencias del ardor atlético de Peggy, actriz de Hall Roach, que quiere participar en los Juegos Olímpicos



Waller Byron, nuevo «partenaire» de Vilma Banky

EN BUSCA DE UN SANTO

POR WILHELM DIETERLE

Director y estrella de la Defu

Una buena parte de los admiradores del cine que visitan los teatros modernos de cine, se dan cuenta de las dificultades que implica la producción de una buena cinta, antes de que pueda exhibirse en un teatro o, para ser más preciso, antes de que la cinta se ponga en producción. Generalmente, ya para el primer día de fotografía, todas las dificultades se han abordado, puesto que el reparto se ha escogido, las escenas se han pintado y construido, lo necesario para las escenas interiores se ha adquirido y sólo basta tomar las fotografías de acuerdo con el libreto.

Lo más importante, y lo que ocasiona al director dolores de cabeza por semanas y meses, es la selección pintado y construido, lo necesario para las escenas interiores se ha adquirido, y sólo basta tomar las fotografías de acuerdo con el libreto.

Tomemos, por ejemplo, mi nueva producción para la Defu-First National, «The Saint and Her Fool», de la famosa novela de Agnes Guenther. El papel principal, el del Santo, debe estar en manos de una muchacha de 18 años, de acuerdo con la novela y el libreto. Esto, desde luego, no implica que la estrella no pueda ser mayor, pero era necesario adquirir una estrella poco conocida en la pantalla, con el fin de hacer la cinta más atractiva y más de acuerdo con el libro. Quiero hacer constar aquí que la adaptación de un libro para la pantalla tiene sus ventajas en cuanto a publicidad, por otra parte, sin embargo, se requiere sumo cuidado en la producción para no desilusionar al público que ha leído el libro. En este caso, ya que millones de personas han leído el libro, fué extraordinaria-

antes de las ocho, dirigiéndome inmediatamente al Estudio cuando el almuerzo se terminaba, y volviendo a casa muy tarde por la noche. En los días lluviosos cuando era imposible salir de casa, me columpiaba en un aparato construido especialmente para este objeto. Yo sentía que eso era mi suerte, y que si la dejaba deslizar entre mis dedos podría no presentarse nunca otra igual y yo ponía toda la fuerza de mi voluntad en hacer lo necesario para lograr mi entrada en la constelación cinematográfica.

«Intolerancia» fué un éxito instantáneo, y la escena de la charret dió a mi nombre cierta importancia. Ofertas de diferentes compañías cinematográficas venían en cada correo, pero por algún tiempo permanecí con David Wark Griffith, interpretando papeles importantes con Douglas Fairbanks.

Mi afición por las emociones per-



MILTON SILLS

mente difícil encontrar los actores idóneos, lo que debo confesar me causó muchos desvelos.

En primer lugar, tenía una larga lista de estrellas y aspirantes con sus fotografías delante de mí, y aun en mis sueños las tenía presente. Desde luego, conocía personalmente a casi todos ellos y pronto me di cuenta de que todas las grandes estrellas y el sinnúmero de extras tenía que descartarlos. Pero, ¿qué hacer?

Alguien sugirió la idea de buscar entre los modelos y visité todas las

tiendas de modas para señoras de Berlín. Todas las pesquisas fueron inútiles, y casi desesperado y decidido a abandonar la idea, vino a verme un repórter de un periódico. Pensé, desde luego, que era uno de esos tipos que vienen a averiguar «cómo están las cosas». Sin embargo, al entrar, arrojé en mi mesa un manojito de fotografías diciéndome: «Conozco sus apuros y vengo a ayudarle». Examiné todas las fotografías con ansia y, de pronto, me detuve ante el retrato de una linda chiquilla.

Gradualmente mi fortuna aumentaba desde que me convertí en estrella. Por aquella época Norma se casó

con Joseph M. Schenck, quien adoptó un nuevo método en la producción de películas. Compraba los derechos cinematográficos de obras famosas y en lugar de contratar a escritores para que las adaptaran al cine pagó a Anita Loos, famosa por «Los Caballeros las prefieren rubias» y a John Emarsen, dos de los mejores escritores de California para que lo hicieran sólo para él. Mi hermana Natalia se casó también y se convirtió en Mrs. Buster Keaton. Siempre embromamos a «Buster», quien incidentalmente mereció este nombre al caer las escaleras de su casa, todavía niño; su casa que nunca jamás le dará la bienvenida, por la sencilla razón de que un huracán hizo desaparecer la ciudad del mapa, hasta el extremo de que hoy día nadie conoce exactamente dónde estaba. Su primera película para los Artistas Asociados será «Al Este del sol».

—Lien Dyers, sí, naturalmente, de 18 años, la acaba de «descubrir» Fritz Lang, tiene papel importante en su nueva cinta especial «Spies». Tengo su teléfono, la llamaré en seguida—, of que me decía el repórter... y me senté a esperar.

A las pocas horas, la modesta dama entraba. No, no sabía que estábamos buscando un «Santo». Sí, sabía actuar—hacía poco que había terminado un papel difícil en una gran producción, dirigida por uno de los mejores directores de Alemania y le encantaría tomar el papel... había leído el libro y se sentía capaz de tomar el papel.

Inmediatamente se le sometió a un ensayo... y se contrató. Luego fué relativamente fácil escoger el resto del reparto y, en pocos días, podríamos empezar el trabajo fotográfico. Muy pocas personas, al ver la cinta terminada, se dan cuenta de que el trabajo preparatorio requiere mucho tiempo, y que, además del trabajo concentrado, se requiere suerte que todos los pequeños detalles del mecanismo de la cinta se presenten y aparezcan sin esfuerzo mayor.

con Joseph M. Schenck, quien adoptó un nuevo método en la producción de películas. Compraba los derechos cinematográficos de obras famosas y en lugar de contratar a escritores para que las adaptaran al cine pagó a Anita Loos, famosa por «Los Caballeros las prefieren rubias» y a John Emarsen, dos de los mejores escritores de California para que lo hicieran sólo para él. Mi hermana Natalia se casó también y se convirtió en Mrs. Buster Keaton. Siempre embromamos a «Buster», quien incidentalmente mereció este nombre al caer las escaleras de su casa, todavía niño; su casa que nunca jamás le dará la bienvenida, por la sencilla razón de que un huracán hizo desaparecer la ciudad del mapa, hasta el extremo de que hoy día nadie conoce exactamente dónde estaba. Su primera película para los Artistas Asociados será «Al Este del sol».

ARGUMENTOS DE PELÍCULAS

“LA REVANCHA DEL AMOR”

En la primavera de 1926, el Cairo estaba animadísimo, encontrándose entre las notabilidades que acudían en busca de aquel clima templado y aquella nota de color tan intenso, la esposa de lord Harding, que había escogido las orillas del Nilo para tratar de olvidar las penas producidas por una enorme decepción.

En efecto: algunos meses después de su casamiento, Luisa había comprendido que por incompatibilidad de caracteres se abría un abismo entre ella y su marido.

Se aturdira como podía, y vivía pensando siempre en alguna aventura que pudiera cambiar su vida radicalmente, sacándola de aquel estado anómalo y aquella incertidumbre.

Un día, mientras lord Harding sostenía una violenta discusión, que amenazaba terminar en reyerta, con unos vendedores indígenas, un caballero se interpuso para evitar mayores males, pudiendo admirar Luisa su serenidad y actitud resuelta. Con sólo breves palabras llenas de autoridad, calmó la disputa y se despidió de Harding, después de saludar cortésmente a su señora. Era aquel caballero Jimmy Landor, un londinense que había venido también a pasar la temporada al Cairo.

Han pasado seis meses. Llegada a Londres, Luisa sabía ahora lo que era la libertad absoluta, tan bella y tan sugestiva, más aun si se tiene en cuenta que esta libertad iba acompañada de la riqueza. Su marido había muerto súbitamente, dejándola heredera de una inmensa fortuna.

Una noche, en casa de la señora Grady, una dama de la aristocracia muy dada a toda clase de obras de caridad, Luisa conoció a Teddy Wills. Este era el novio de Maud, la hija de la señora Grady, lo que no impidió a Luisa poner en juego toda su coquetería para provocar la pasión del joven, y se dió tal maña en esa faena, que poco tiempo después, Teddy rompió con su novia, y se iba a encontrar a Luisa:

—Acabo de romper con Maud Grady—le dijo una vez le encontró—. Soy libre; por lo tanto, ¿quiere usted ser mi esposa?

—Va usted demasiado deprisa, mi querido amigo, respondió Luisa riendo, espere un poco, se lo suplico, y concédame tiempo para reflexionar. Luisa tenía una razón muy poderoso

para no dar una contestación categórica, para ir dando largas al asunto. Tres días antes, encontró por casualidad, a Jimmy Landor, el caballero que se había interpuesto en otro tiempo, en el Cairo entre su marido y los mercaderes indígenas y, después de haberse reconocido, ella se sintió atraída por aquel guapo mozo.

Pero el pobre Teddy no se dió por

vencido. Volvió a ver a Luisa y le pidió que le diera una respuesta.

Esta vez tuvo que escuchar el pobre machacho una respuesta categórica:

—¡Llegar a ser su esposa!... — le dijo —, si usted se había hecho esa ilusión, puede abandonarla cuando quiera, porque nunca consentiré semejante cosa.

Teddy, después de una escena violenta, abandonó la casa de aquella mujer, que así lo despreciaba. Al día siguiente, se esparció la noticia por Londres de que Teddy Wills se había arrojado bajo las ruedas de un metro-politano. La desesperación de Maud Gardy fué tan terrible, como ligeros los remordimientos de Luisa.

Pasó un mes. La familia Gardy no sospechó ni un solo instante que Luisa fuera la causa de la ruptura de la boda de Maud y al mismo tiempo la causa de la muerte de Teddy.

Luisa, por otra parte, había quedado como amiga íntima de la casa, y gracias a los requerimientos de los señores Gardy, había llegado a ser presidenta del Comité Central de beneficencia.

Necesitaba una secretaria, ¿por qué no elegir a Maud? Esta ocupación haría que la joven olvidara los pesares que torturaban su alma. Luisa, sin embargo, no había perdido de vista a Jimmy Landor.

Consiguó atraerlo a su casa y ejercía con éxito, cada día más creciente, su seducción sobre el joven. Al menos, ella así lo creía, y, aunque Jimmy simulaba estar apasionado aparentemente y seguir el juego de la coqueta, lo cierto es que estaba perdidamente enamorado de Sybil Johnson, la prima de Maud.

Un día en que Maud se entretenía arreglando la biblioteca de Luisa descubrió con horror entre las hojas de un libro, unos retratos de Teddy con dedicatorias inflamadas a la que él amaba apasionadamente. La pobre joven quedó aterrada ante semejante hallazgo.

Todo quedaba aclarado y la amargura del reciente drama, tan doloroso para ella, saltó a la superficie sin lugar a dudas.

Ciega de odio contra la mujer hipócrita que le robó la dicha siendo la causa de la muerte de su novio, Maud decidió inmediatamente servirse de

Otra Estrella Naciente



Raquel Torres en camino

RAQUEL TORRES hará en breve su debut en el mundo del cine en una importante producción, la película de los mares del Sur que Monte Blue ha hecho para la Metro-Goldwyn-Mayer. La compañía acaba de regresar del archipiélago de Tahiti, y el trabajo de editar y recortar la cinta está en progreso. Miss Torres, presentada a los estudios por el Cónsul de México, tiene el papel femenino principal que desempeña admirablemente. Por su temperamento, su tipo y su figura ha sido la única actriz capaz de asumir esta difícil personificación.

las pruebas que acababa de encontrar por casualidad, para desenmascarar a aquella mujer cruel y coqueta.

Por la tarde del mismo día tenía lugar en casa de Luisa, una fiesta de caridad. Durante la misma, a la que también asistía Jimmy Landor, Luisa comprendió que aquel hombre era el único a quien ella había amado en su vida... y fué ella, la que suplicó a Jimmy que la llevara al altar.

Jimmy, al oír semejante pretensión, la envolvió en una mirada escrutadora, diciéndole al mismo tiempo con un acento incisivo:

—No os amo, ni os he amado nunca. Consagro mis pensamientos y mi ternura a Sybil Johnson, la prima de Maud, la joven hermosa y pura que usted ya conoce.

Como una leona herida, Luisa se encerró con su amante en una habitación y, bajo la amenaza de escándalo, le arrancó una promesa formal de matrimonio. Jimmy, desesperado, se iba, cuando acertó a encontrar a Maud, a la que confesó que acababa de prometerse con Luisa. La joven palideció; su clara inteligencia le hacía ver que aquella mujer quería destruir la dicha de Sybil, como, en otro tiempo, no muy lejano, destruyó la suya. No, esto no era posible; ella impediría el nuevo crimen.

Cuando la fiesta terminó, Maud se fué a casa de Luisa, armada de un revólver y provista de las pruebas encontradas en la biblioteca.

—Señora: usted destruyó mi felicidad y fué la causante de la muerte de Teddy; lo sé y tengo pruebas de ello. No permitiré, de ningún modo que ahora usted destruya la de Sybil — dijo, rotundamente.

Luisa estaba aterrorizada. Maud prosiguió impasible y fría, jugueteando con el revólver que había sacado del bolso:

—Va usted a escribir una carta, que yo le dictaré, rompiendo con Jimmy Landor, carta que yo me encargaré de que llegue a su destino. Síntese y empiece.

Dócilmente, Luisa hizo lo que se le mandaba, pero antes de terminar la carta, se abalanzó sobre Maud y la desarmó.

No obstante la sorpresa de la joven duró poco y reaccionando súbitamente cayó sobre su adversaria, que trataba de volver el arma contra ella.

Se entabló una lucha encarnizada entre las dos mujeres. De pronto se oyó una detonación; inmediatamente un grito desgarrador de Luisa. Una bala acababa de atravesarle el pecho. Después de breve vacilación, cayó pesadamente sobre la alfombra para no levantarse más, Teddy estaba vengado. Algunos meses más tarde el amor tomaba su revancha.

Maud buscaba el olvido de sus penas en el místico recogimiento de un convento provincial, mientras Jimmy Landor y Sybil Johnson, pensaban en su próxima unión.

LA OPINIÓN DE LOS CINEASTAS

Lo que dice Henry Gad

Henry Gad realizó, hace unos tres años, una película de «marionetas» con Diamant-Beyger, según un escenario de René Clair. Este film, realizado con pocos medios, no tenía otro carácter que el de ensayo.

Luego rodó con Pearson «The little people», película interpretada a la vez por «marionetas» y actores (Betty Balfour).

—Yo creo posible—dijo—mezclar personajes artificiales con los vivientes de carne y hueso, dándoles las mismas apariencias de realidad.

En materia artística, la verdad es lo que tiene parecido con la verdad. Hay un parecido cinegráfico que difiere del parecido literario o teatral.

Henry Gad acaba de terminar «El cabaret epiléptico» que las producciones Sofan presentarán en fecha próxima.

—El cine—añade—está maniatado por los comerciantes y detenido en los límites de una fórmula creada por la rutina. Es preciso libertarlo. Para conseguirlo es necesario desarrollar el número de géneros cinegráficos.

Hoy tenemos tres o cuatro bien definidos: Drama, Comedia, Documental... Conviene romper el formulismo de estas categorías.

Hemos de crear el «film Music-hall», el «film Varietés», animados de un espíritu espectacular y por lo tanto de un puro dinamismo. Hemos de crear, por ejemplo, el film religioso, que contendrá la representación intuitiva de los elementos espirituales y emotivos de una misa.

El día en que nazcan géneros nuevos en el cine, los límites estrechos de los antiguos procedimientos se romperán, y se intentará, por medio de ensayos constantes descubrir entre los nuevos el verdadero género cinematográfico puro.

—El tiempo de las indagaciones técnicas, ha pasado. El alfabeto está ya descubierto y las virtuosidades nos parecen una cosa caída en desuso.

Las rebuscas de los «metteurs en scène» no pueden tener hoy otro fin que el objetivismo de su personalidad. He aquí por qué es difícil vaticinar que este será el cine de mañana, porque depende quizás de un hombre.

El día que un actorcito inglés se dió cuenta del interés que para él tendría adaptar a su idioma una novela leída en francés, la de Hamlet, no pensó en innovar.

El mismo accidente le ocurrió a Molière, que adaptaba las piezas de sus colegas italianos y españoles de la Comedia del Arte.

Sin embargo, estos dos hombres han llevado a cabo una obra de grandes creadores...

—El actor es, sin ningún género de duda, uno de los elementos más importantes del film (No inspira pocas veces al «metteur»)

Pero si al actor le concedo una grandísima importancia, me opongo personalmente al principio de la «vedette».

Esta es una creación comercial americana, sin valor en Europa, como puede comprobarse. Así sucede que la realización de un film parte o tiene su origen en un principio falso.

Es preciso reconocer, sin embargo, que nosotros no hemos encontrado todavía una fórmula comercial capaz de sustituir a aquella.

Por otra parte, no es preciso creer que un film sea comercial porque responda a ciertas reglas preconcebidas. Las masas humanas están sujetas a flujos y reflujo—no sé si me explico—: Desean encontrar en las manifestaciones colectivas algo que corresponda de una manera esperada a la sensibilidad colectiva. Odian la innovación pero experimentan placer en el cambio. El arte del industrial, como el del cineasta, consiste en establecer un punto de conciliación entre las dos tendencias. Es así como se crean los estilos y las modas.

L'Herbier es un creador de films que pone en sus obras tantos elementos que responden a la sensibilidad general, como elementos nuevos que la sorprenden súbitamente. Le hubiera sido preciso para obtener un gran éxito comercial, encontrar en lugar de una quisquosa banal un intermediario ingenioso que obrara a manera de catalizador entre el público y él.

En el período de efervescencia actual, el mercado no está todavía a la altura de la técnica cinegráfica.

El problema contemporáneo del film, consiste en poner de acuerdo al realizador y al público.

Cuando un destello luminoso, una cierta vibración de un realizador, hace que la obra se incline favorablemente y tenga las simpatías de un determinado sector del público, o de un público determinado, bastante importante para asegurar la creación material del film, acontece, que el intermediario, o sea el mercado, se opone con todas sus fuerzas para que no prospere, haciéndolo fracasar en cuanto puede...

He aquí la última muralla que es preciso demoler para ser libres...

MAZELINE

AUTOBIOGRAFÍAS

HISTORIA DE MI VIDA

Por CONSTANGE TALMADGE

El deseo de estar con mi hermana Norma y mi curiosidad, fueron las causas que primeramente me introdujeron en la cinematografía.

Todas las noches Norma volvía a casa excitada e impresionada por todas las cosas que había visto. Nos sentábamos alrededor de ella, mi madre, mi padre y mi hermana, a fin de no perder el detalle más mínimo de lo que había sucedido durante el día.

Era asombroso cómo hasta las más pequeñas cosas nos interesaban... lo que Florence Turner había dicho, o John Bunny o que Maurice Costello iba a dejarla trabajar en su nueva película. Todo nos parecía interesantísimo.

Un día me llevó al Estudio con ella, y seguí yendo hasta que una tarde se me ocurrió empezar a hacer nuecas a Flora Finch y John Bunny. Estábamos sentados en un rincón creyendo que nadie nos observaba, y nos divertíamos mucho. Sin embargo, Ralph Ince me vió y me dijo en seguida que deseaba que apareciera en una de sus películas. Esto fué el comienzo.

El proceso de la fotografía cinematográfica estaba entonces en su infancia y las dificultades técnicas no se salvaban fácilmente. En aquella época no se había descubierto cómo fotografiar a más de dos personas al lado unas de otras. Flora Finch era tan delgada que, con ella, el número podía aumentarse hasta tres. Más tarde se le ocurrió al director filmarla en unión de John Bonnyel, primer hombre gordo del cinema y con ello le dió un nombre.

Durante poco tiempo continué interpretando papeles sin importancia, pero ostensiblemente aumentando mi arte y mi salario. Entonces Norma recibió una carta que cambió nuestra fortuna. Todos los aficionados saben el papel importantísimo que D. W. Griffith ha representado en la historia de la cinematografía. Tan grande era su nombre en aquella época que casi era una deidad para nuestras imaginaciones. Norma había progresado notablemente y su fama indudablemente llegó a sus oídos porque al establecer su famosa Fine-Arts Triangle Producing Corporation, le rogó que se uniera a su compañía.

Su carta nos sumió en una gran turbación mental. Por supuesto, todos deseábamos que Norma aceptara su oferta, pero podía ir sola todo el trayecto de Nueva York a California y no sabíamos quién iba a acompañarla.

Después de una larga discusión se decidió que todos nosotros, excepto nuestro padre la acompañáramos hasta la costa del Pacífico. Natalie actuaría de secretaria y Norma me prometió que persuadiría a Griffith para que fijara sus ojos en mí. La sabiduría de esta decisión fué prontamente demostrada. Norma instantáneamente logró un éxito, y yo me estangué en partes aun más pequeñas que las anteriores. En mi tiempo libre me entretenía en divertir a todo el mundo... Las bufonadas siempre me sabían bien y cuando Mr. Griffith tenía un momento libre acostumbraba a llamarme con la idea de que le hiciera reír. Mi compañero, en estas ocasiones, era Douglas Fairbanks, que era uno de los artistas regulares de Griffith. También en esta época conocí a Dorothy y Lillian Gish. Dorothy y yo comprendimos que teníamos algo de común particularmente en las travesuras. Estas eran siempre mis puntos fuertes. Cuando era una niña, nada me gustaba más que subirme a un árbol, sólo por el hecho de que los muchachos me dijeran que no podía hacerlo. Prefería por compañeros a los chicos que a las mu-

chachas, sobre todo si hacían cosas arriesgadas y algunas veces locas. Esto me valió el sobrenombre de «Tom-Boy» que las muchachas me pusieron.

Entre mis diversiones favoritas se hallaba la de coleccionar toda clase de animales. Norma y yo teníamos una pequeña colección en nuestra bodega de Nueva York. Muchas noches había hasta una docena de gatos y perros, que con sus mil maullidos y ladridos no nos dejaban dormir. También teníamos sapos, ranas, ratones y lagartijas, a muchos de los cuales habíamos enseñado a saltar. A menudo en las noches del sábado, formábamos un circo de nuestra propiedad, al cual invitábamos a nuestros amigos. Con vestidos viejos les hacíamos lindos trajes.

Nuestros «caballeros» favoritos eran los ratones, que llevaban sayas hechas con nuestras medias viejas. El carnicero nos daba serrín y nuestra madre, a quien siempre llamábamos Peg, era el acomodador.

He mencionado todo esto, porque, ciertamente, influyó definitivamente en mi primer rol importante. Monsieur Griffith estaba buscando el elenco para su primera película de cinco rollos, «Intolerancia», que fué la primera de esta clase. Como era costumbre general, nadie entraba hasta el último momento, y aún entonces sólo se les daba cuenta de su papel sin explicarles nada más. Una semana antes de la fecha señalada para empezar la producción Mr. Griffith me llamó a su oficina y me preguntó si quería interpretar el rol de «Muchacha de la Montaña». Un gran papel, para mí, entonces. El carácter me era adecuado hasta cierto punto y era esencialmente indómito. La escena más importante asustaba, pues tenía que dirigir sola un «Charret». Cuando expuse mi buena fortuna a «Peg» su corazón se estremeció, y aun cuando recordaba mis hazañas en anteriores aventuras, tenía miedo por mi seguridad durante esta furiosa carrera.

Prácticamente yo no tenía ni el menor conocimiento de caballos y muchísimo menos de un «Charret». Durante muchas semanas me entregué a un duro aprendizaje: cada noche volvía a mi casa rendida y magullada. Cada mañana Natalie se dedicaba a hacerme fuertes fricciones y masajes, con lo que me levantaba todavía más cansada que cuando me acostaba. «Peg» y mis hermanas habían creído siempre que mi personalidad oscurcía algún tanto las de ellas, pero creo que mi conducta durante aquel período, les haría abrir los ojos. Me levantaba todas las mañanas



GEORGE O'BRIEN